

ESTEVE ZARAZAGA, J. M. (2010) *Educación: un compromiso con la memoria*. Barcelona, Octaedro.

Al leer esta obra, al usarla en tu práctica cotidiana como docente, al recomendarla, vivirla y releerla cada vez que hay una excusa para ello, uno siente cerca, percibe, la grandeza sencilla, la utilidad visionaria, la experiencia condensada, de uno de los grandes nombres de la pedagogía contemporánea.

En esta obra imprescindible e inolvidable, José Manuel exprime y comprime su lúcida experiencia a lo largo de décadas dedicado a la educación. Y, sin embargo, a pesar de su reconocimiento nacional e internacional, lo hace de una manera sencilla, amena, accesible, divertida en muchas ocasiones: sin perder en ningún momento las señas de identidad de su pensamiento y de su escritura, a pesar de las circunstancias que rodearon la escritura de su última obra.

El Dr. Esteve Zarazaga nos hace un recorrido por las conclusiones a las que ha llegado a lo largo de su labor docente e investigadora. Pero no sólo nos ofrece su personal visión de la educación, de la escuela, sino también de la vida. En un soplo de aire fresco y cordura nos ofrece sabios consejos, sensatos y realistas, pero que no pierden nunca de vista la utopía, la voluntad de mejora, la posibilidad de llegar a ser la mejor persona posible en la mejor sociedad posible, y el sagrado quehacer que hemos de llevar a cabo los profesionales de la educación.

[...] pero, después de un rato dedicado a estos sueños me doy cuenta de que estoy perdiendo

el tiempo, porque en la vida real para conseguir lo que quiero, o lo hago yo mismo o no viene ningún genio de la lámpara a hacer las cosas por mí.

Educación desde la libertad es el medio incuestionable para educar en libertad, y eso no sólo enseñamos con lo que deseamos mostrar, sino con nuestros gestos, nuestras formas, nuestras maneras... o, incluso, con lo que no mostramos y lo que ocultamos. El respeto a la libertad es, pues, una de las condiciones incuestionables de la educación: y así él educaba, así él vivía, así él escribía.

El autor sólo entiende la educación si ésta está basada en la libertad y en los valores. Sólo con la adquisición de los valores positivos que mueven nuestra sociedad el joven podrá desenvolverse en ella y aportar algo: pero la adquisición de estos valores no ha de ser algo impuesto u obligado. Los valores se transmiten de obra, no sólo de palabra. Y no se fuerza a comulgar con ellos: al contrario, se crean las situaciones y el clima adecuado para que el discente, sea el ámbito que sea, los reciba y los asuma como propios, y así, pueda hacer de ellos su propia bandera.

Casi sin avisar, y sin darle ninguna importancia al hecho, Esteve resuelve (o, dado su carácter humilde, ofrece una de las posibles soluciones) la vieja pregunta de ¿Para qué sirve educar? Sencillamente, «permitir que el niño se encuentre a sí mismo, que se identifique con valores y proyectos que acepta como propios, y luego, darle la fortaleza para mantener el esfuerzo con el que alcanzar sus propias metas». Así de

sencillo, así de complejo. Educar como acompañar en el camino a la madurez; enseñar como facilitación de acceso a las herramientas que conformarán al futuro adulto; sin imposiciones, sin obligaciones, quitándole el protagonismo al docente y dándoselo al discente y a su proceso.

Esteve habla de una educación basada en los principios de la democracia muy en la línea que Dewey defendía unas décadas antes. La persona, en su proceso de formación, ha de ir adquiriendo una serie de hábitos que le capacitarán para vivir en libertad y armonía, y que a la vez le posibilitarán extender estos principios a otras personas de su entorno. El autor habla, además, de la necesidad de formar unas personas valientes y conscientes, que no se dejen amedrentar y que sean capaces de defender lo que por naturaleza les pertenece. Y es que «la libertad hace falta ganarla, y mucho más difícil, mantenerla una vez conseguida: y eso no es posible si creamos personas de un carácter débil, sensibles a la más mínima intimidación e incapaces de resistir presiones externas». Estas palabras del pensador nos hacen embarcarnos en la lucha por lo que es justo, bueno y verdadero; nos hace creer en el activismo y en las nuevas generaciones; nos hace creer, de nuevo, en la hombría de bien.

En una sociedad cambiante, hostil, competitiva y dominada por la globalización, los mercados y la publicidad, Esteve nos advierte que para que una educación actual sea libre y verdadera ha de «preparar al educando para enfrentarse a resistir las presiones psicológicas, los intentos de manipulación

y condicionamiento»: y es que las herramientas que un proyecto de adulto ha de poseer ahora no son las mismas que hace unos años, por lo que el pedagogo ha de estar renovándose constantemente, formándose y muy apegado a la realidad que le rodea.

«Libertad, educación y democracia son tres elementos interdependientes» y en ellos tres basa su vida y su obra Esteve. El autor defiende este trinomio como la única base posible para que las personas sean justas, honestas y maduras, y que, por medio de esto, la sociedad pueda disfrutar de estas mismas características. Sin embargo, como él mismo enuncia en otras de sus obras, la tercera revolución educativa lleva a que el acceso a la educación sea total, al menos en teoría, para todo el grueso de población: esto lleva a que si bien por medio de la escolarización total se podría conseguir una transmisión de estos valores al conjunto de la sociedad, también es cierto que en el sistema educativo habrá personas con casuísticas muy distintas a las que hay que atender según cuales sean sus necesidades concretas y específicas, por lo que esta transmisión, dados los escasos medios de los sistemas educativos de muchos países, ni está asegurada ni tiene por qué ser completa. Es en este sentido, pues, en el que tenemos que trabajar.

«Las libertades civiles sólo son posibles si los individuos, gracias a la educación, defienden y se comprometen con los valores democráticos». Esteve nos impulsa a no dejarnos llevar, a no dormirnos en las ramas, a luchar por lo que es nuestro, a honrar la gloria de las personas que lucharon por conseguir las libertades que tenemos hoy. Todo

un ejemplo de implicación, de coherencia, de rigurosidad y de firme creencia en un sistema de valores democráticos como único camino para una sociedad mejor, más justa y más igualitaria. Y es que la educación sólo es educación cuando es social.

Juan Antonio Gómez Naranjo